

# Rasgos fisiográficos de la isla de Annobón

por

Francisco Hernández-Pacheco

(PRESENTADO POR EL NUMERARIO D. EDUARDO HERNÁNDEZ-PACHECO)

De nuestro desaparecido imperio colonial conservamos aún las islas de Fernando Poo y Annobón, situadas en el amplio Golfo de Guinea o de Biafra. En tierra firme, España posee un territorio, la Guinea Continental Española, con una extensión aproximada de 25.000 kilómetros cuadrados, siendo Bata la capital y Río Benito y Kogo los otros dos centros urbanos más importantes.

Este territorio, que pertenece a España por el convenio hispanofrancés de París del 27 de junio de 1900, es de ambiente típicamente ecuatorial, de acentuados relieves, y en él existen dilatadas selvas vírgenes, quizá de las menos conocidas del continente africano, surcadas por grandes ríos que se despeñan con frecuencia por rápidos y cataratas y cuyas desembocaduras dan origen, a veces, a estuarios magníficos, algunos de los cuales, el del Benito y, más particularmente, el del Muni, son maravillosos por sus hermosos y extraños paisajes.

Este país está aún poco conocido científicamente, y hora es que se comiencen las investigaciones de un modo racional y continuado. Esta colonia pudiera quizá representar en nuestra economía mucho más de lo que hasta ahora significa, pues su clima, como es sabido, permite el cultivo de variados productos que pueden complementar perfectamente a nuestras ya variadas producciones agrícolas peninsulares.

Fuera del continente, como antes se ha indicado, pertenecen a España las dos islas de Fernando Poo y Annobón. La primera es considerada como la verdadera joya del Golfo de Guinea, pues es rica, llena de grandes posibilidades, de clima bueno y aun excelente en sus alturas medias, siendo susceptible de alimentar por estas circunstancias abundante ganadería en la zona de praderías cercanas a Moka. lo que ya de por sí es de un gran valor económico en estas zonas africanas. El

excelente puerto de Santa Isabel, que es la capital de nuestras posesiones de Guinea, da origen a una población de muy agradable ambiente, siendo sin duda la más importante y sana de todas las que existen en las costas de este amplio Golfo africano.

El pico de Santa Isabel, antiguo y grandioso volcán, rozando los 3.000 metros (2.853 metros) de altitud, preside majestuoso esta espléndida isla eruptiva, cuya verdadera importancia es totalmente ignorada por la mayoría de los españoles.

La otra isla, Annobón, no es sino un islote volcánico. Está situado hacia el SW., perdida en la inmensidad del Atlántico.

Esta islita es uno de los jalones que nos muestra la existencia de una enorme grieta, verdadera rotura del globo terrestre o geoclase, que, iniciándose franca en los altos conos volcánicos de la costa de Camarones, avanza hacia el SW., dando lugar a importantes núcleos eruptivos que surgieron a través de esta rotura en tiempos recientes, geológicamente hablando, y que al emerger del mar dieron origen a las islas de Fernando Poo, la mayor de la serie, Príncipe y Santo Tomé, pertenecientes a Portugal, y menores, a Annobón, la más pequeña, y que emerge de las olas a los 700 kilómetros de las primeras manifestaciones eruptivas de Camarones, en las costas africanas, siendo, al parecer, el último jalón de esta serie de fenómenos eruptivos la isla de Santa Elena, que a 1.100 kilómetros de Annobón, se adentra y se pierde en el Atlántico.

Esta gran grieta o geoclase terrestre, si la iniciamos en las montañas o núcleo eruptivo del Tibesti, en el interior del Sáhara, como algunos admiten, no tendría menos de 2.650 kilómetros, siendo, pues, una de las roturas principales de nuestro planeta.

Con respecto a Annobón, el Cabo López, punta destacada hacia el oeste de la extensa colonia del Congo francés, es la tierra continental más próxima, encontrándose de la isla a 355 kilómetros, estando la punta meridional de Santo Tomé, que casi roza la línea ecuatorial, a unos 150 kilómetros más hacia el NE.

Es, pues, la isla de Annobón la única tierra que España posee en el hemisferio del sur, estando situada aproximadamente entre  $1^{\circ} 25'$  y  $1^{\circ} 28'$  de lat. S. y entre los  $5^{\circ} 36'$  y  $5^{\circ} 38'$  de long. E.

La isla de Annobón fué descubierta por los navegantes portugueses Santarem y Escobar el 21 de diciembre de 1471, y se la denominó *De anno bon*, por haberse efectuado el primer desembarco en ella y hacerse una somera exploración el día 1 de enero de 1472.

Fué cedida a España, juntamente con Fernando Poo, por María I de Portugal, y de acuerdo con Carlos III, en el mes de marzo de 1778. El 6 de noviembre del mismo año tomó posesión de ella el Conde de Argelejos. A cambio de estas tierras cedió a la Corona portuguesa la isla de Santa Catalina y la Colonia de Sacramento, en América del Sur.

Dada la situación de la isla de Annobón, se comprende que el clima sea completamente ecuatorial y de tipo marítimo, pero con características especiales, debido a

la influencia de las aguas relativamente frescas de la gran corriente marina de Bengüela.

La temperatura media anual es de unos  $26^{\circ},5$  a  $27^{\circ}$ , y la variación anual oscila entre  $25$  y  $30^{\circ}$ . Las lluvias son casi constantes, pues aun en los denominados periodos "secos", los fuertes chaparrones tormentosos son casi diarios, debiendo oscilar la precipitación total anual entre 2.700 y 3.000 milímetros.

Los vientos, de régimen aliseo, son siempre del sur o, mejor, del SE., no siendo muy fuertes, salvo cuando fenómenos locales de tipo tormentoso, tornados y régimen de tormentas ecuatoriales afectan a la isla, pues en estas ocasiones ráfagas violentas se dejan sentir; pero estos fenómenos son poco constantes y de escasa duración.

Queda situado Annobón en una de las regiones más nubosas del mundo, fenómeno que aún se acentúa más debido al pronunciado relieve de la isla, lo que determina una nubosidad local característica por condensación atmosférica. Los días francamente despejados son muy raros; casi nunca sus cumbres se ven libres de nubes.

Es lástima que en Annobón no funcione hace tiempo una estación meteorológica, pues sería de gran interés el estudio de las observaciones efectuadas. Los datos que se tienen, no muy numerosos, son aislados, y no tomados con las precauciones debidas, no ofrecen un gran valor científico.

La corriente marina que afecta a la isla ya se ha indicado que es la de Bengüela, siendo, pues, de componente meridional o del SSE., siendo las aguas de dicha corriente relativamente frescas, pues llegan a estas zonas con temperatura media anual de unos  $22^{\circ},5$ , variando del invierno al verano de  $19^{\circ}$  a  $26^{\circ}$  como temperaturas extremas.

A pesar de encontrarse la isla en una zona de calmas ecuatoriales, el oleaje en las costas meridionales y del oeste es, en ocasiones, muy fuerte; pero sólo en las cercanías de la costa y en sitios de rompiente es peligroso, pues se trata de un verdadero mar de fondo, y más que olas son verdaderas ondas las que a la isla llegan procedentes de zonas tempestuosas meridionales y lejanas. De todos modos, impresionan profundamente el contemplar desde el puente del vapor el subir y bajar constante de los pequeños cayucos, que a veces y desde las cubiertas bajas se los ve desaparecer momentáneamente tras verdaderas "colinas" de agua.

Las dimensiones de la isla son las siguientes: unos seis kilómetros de norte a sur, desde la Punta del Palmar o de Lale, baja y arenosa, hasta el agudo y escarpado saliente de Punta de San Antonio o de Manyob. De este a oeste no mide la isla más de tres kilómetros en sus zonas más anchas, siendo en la costa oriental la punta más saliente la de Jaskaña y en la occidental la denominada Jiscoy. La superficie resulta ser de unos 17,5 kilómetros cuadrados.

Los indígenas que habitan la isla pueden calcularse en la actualidad entre 1.650 y 1.900. Son tranquilos, de talla regular, bien musculados, algunos exageradamente, aunque en realidad no son forzudos. Su actividad más importante es la pesca, de-

dicándose no sólo a la cstera, sino a la de altura, en donde persiguen y dan caza a la ballena. Estos enormes cetáceos son cazados con arpón, que lanzan los annobonenses desde sus pequenísimos cayucos. Una vez herido el animal, como el arpón va atado a una larga cuerda, los cazadores se dejan remolcar por la ballena hasta que ésta, poco a poco, se debilita por la pérdida de sangre y muere. Entonces varios cayucos, con su gente, se dedican a remolcar la caza hasta la isla, donde su carne y grasas sirven de alimento a los indígenas.

En esta arriesgada caza perecen algunos indígenas, según me indicaron en la isla, pues arrastrados a enormes distancias por las ballenas heridas, y no queriendo perder la presa, se alejan a distancias tales que mueren de necesidad y sed antes de poder regresar de nuevo a la isla.

La raza o tipo étnico de los annobonenses no es pura, pues parece que la isla se pobló casualmente, después de su descubrimiento, por algún grupo de esclavos huidos o abandonados por alguna embarcación.

Toda la isla es sumamente escarpada, no siendo su contorno, de gran irregularidad, sino un ininterrumpido y alto acantilado que, en ocasiones, mide muchas decenas de metros. Los fondos próximos a sus costas son grandes, y no existe sino algún pequeño islote en sus cercanías, no siendo frecuentes las zonas de escollos y rompientes.

Sólo en las zonas del NE., entre Punta Lale y la de Jabopombo, se extiende un playazo, en gran parte descubierto en marea baja, playa de negras arenas basálticas que se extiende paralela al litoral escarpado y defendido en estas zonas por escollos, farallones y rompientes.

En esta zona, y hacia su extremo más septentrional, existe una playa varadero, y junto a ella y ocupando la mayor parte se alinean las numerosas casas o, mejor, cabañas del principal núcleo de población de Annobón, el pueblo de Ambo. Un poco por encima, y hacia el interior y sobre una despejada plataforma basáltica de una altitud de unos 20 metros, se distingue el gran caserón de la Misión Católica de San Antonio.

Fuera de esta zona, pocos son los lugares donde se puede atracar con facilidad, pues, como se ha indicado, el litoral es siempre muy escarpado y combatido por un mar de gran oleaje; no obstante, en la desembocadura de algunos de los pequeños barrancos y torrentes que descienden de los escarpados picachos y cresterías rocosas que caracterizan a la isla, pequeñas playas, que no son sino conos de deyección torrenciales semisumergidos, pueden ser abordados. En estos puntos existen núcleos urbanos muy pequeños; tal sucede con el poblado de San Pedro, en la desembocadura del Agany, en la costa oriental, o con el de Santa Cruz, en la bahía de este nombre, en la costa occidental, y el cual, situado en lo alto del acantilado, se sirve a veces de una muy diminuta playa situada un poco más hacia el sur.

El litoral oriental, fuera de pequeños accidentes, es relativamente uniforme, dando lugar a un amplio arco convexo, el cual desde las zonas meridionales, a partir de Punta Dologany, puede decirse que no se interrumpe, salvo en el saliente

sobre todo viniendo del norte, que forma la Punta Jaskaña y que protege a la pequeña bahía de San Pedro, en la cual desemboca el torrente Agany, ya anteriormente citado.

Por el contrario, las costas meridionales y las accidentales son mucho más recorridas, dando origen a pequeñas ensenadas, a calas aisladas por destacadas puntas, siendo la más interesante la denominada Bahía de Santa Cruz y la situada junto a Punta de Jatupá. En esta zona el litoral es sumamente escarpado, ofreciéndonos acantilados magníficos en un recorrido sensiblemente rectilíneo de unos dos kilómetros, cuyas bases reciben el embate de un mar casi siempre muy agitado.

El Monte Ovióveo o del Centro, una de las cumbres principales de Annobón, se alza escasamente a 500 metros del borde del acantilado hasta 831 metros, dominando perfectamente esta zona litoral de la costa occidental.

La formación de Annobón, como la de las restantes islas de esta gigantesca alineación eruptiva, como se ha indicado, es reciente, pues las erupciones datan del final del terciario y principios del cuaternario; no obstante, no se conocen en época histórica fenómenos relacionados con el volcanismo, que, al parecer, está extinguido o muy adormecido.

La única manifestación relacionada con el antiguo periodo activo del volcán de Annobón es la presencia en la isla de algunos manantiales carbónicos semejantes a otros de Fernando Poo y situados en el interior de la isla. Yo no pude visitar ninguno por falta de tiempo y sólo tengo el dato verbal de los indígenas, a los que no agradan ni beben, por tanto, estas aguas.

Las erupciones han debido de ser de tipo estromboliano y vulcaniano, a juzgar por la abundancia de cineritas y los materiales eruptivos recogidos y las observaciones efectuadas en la isla durante mi corta estancia en ella.

Topográficamente, esta pequeña isla es muy quebrada, dependiendo su actual relieve de dos acciones diferentes: las erupciones volcánicas que dieron origen al gran promontorio eruptivo y los intensos fenómenos erosivos que inmediatamente comenzaron a dejarse sentir, que esculpieron y disecaron profundamente a la isla.

En conjunto, se aprecian en Annobón dos macizos principales: uno, el septentrional, en el que se conserva actualmente un magnífico cráter-lago de unos 700 metros de diámetro medio, y otro, el meridional, que, más atacado por la erosión de haber existido en él otro cráter, éste está ya tan intensamente destruido que sólo nos hace pensar en su posible existencia la forma en circo de la alta cuenca del torrente Agany.

Sin ningún orden aparente, destacan en la isla dos alineaciones principales: una que ocupa las zonas septentrionales de Annobón y que queda situada al este del cráter-lago, corriendo casi de norte a sur, con cumbres de 450 a 600 metros de altitud. Hacia el sur, esta alineación culmina en el Monte Abicín, que forma el borde más escarpado del cráter-lago y casi al sur de esta depresión. Se eleva este picacho sobre las aguas de la laguna unos 500 metros y sobre el mar unos 650 me-

tros, pues las aguas del lago barométricamente las situamos a unos 150 metros sobre el mar.

De esta alineación se destaca un poco hacia el oeste, y en el borde norte del cráter, el pitón eruptivo denominado Pico de Fuego (Pico do Fogo), agudo y desnudo, y cuya cumbre alcanza los 455 metros de altitud, elevándose sobre las aguas de la laguna, casi verticalmente, unos 330 metros.

En las zonas meridionales se destaca otra alineación de cumbres que, comenzando sobre el mismo borde de los altísimos acantilados, alcanza rápidamente los 831 metros de altitud en el pico conocido con el nombre de Oúioveo o Pico del Centro, que es la cumbre principal de Annobón. Esta alineación continúa hacia el SSE., dando lugar a otra segunda cumbre igualmente destacada, el Monte Cuzuzua, de altitud semejante a la anterior, pero un poco más bajo. Desde esta zona, la alineación parece dar origen a un antiguo reborde crateriforme, que envolvería por el oeste, sur y sureste a un cráter quizá y que hoy día no es sino la alta cuenca del torrente Agany. En la zona del sureste de dicho reborde destaca el Monte de Santa Mina, de 655 metros de altitud, a partir del cual la crestería que se dirige hacia el NE. desciende rápidamente, dando origen antes al Pico Surcado, de unos 625 metros de altitud, a partir del cual la aguda arista desciende francamente hasta el nivel del mar, precisamente en la Punta Jasgañía, pequeño cabo que, como se indicó, es el más destacado de la costa oriental.

Contribuye al acentuado y quebrado relieve de la isla la intensa acción erosiva de los torrentes y barrancos, corrientes que, aunque de muy pequeña cuenca, llevan un importante caudal debido a las intensas y casi constantes lluvias, si bien parte de las aguas desaparezcan a trechos en el cauce de estos torrentes por la especial constitución del suelo; como pudimos observar al recorrer el torrente de San Antonio, aguas que frecuentemente resurgen, pero que pueden desaparecer para no brotar ya sino al nivel del mar.

Entre los torrentes que ofrecen un cauce más abrupto está el de Agany, tantas veces citado, que desemboca junto al poblado de San Pedro, en la costa occidental. Quebrado es igualmente el cauce del Daguanda Babo, el cual, en la zona de su desembocadura, por resurgir en parte sus aguas, da lugar a manantiales donde se provisionan de agua los del poblado de Ambo.

Vemos, pues, que la isla es sumamente escarpada, ofreciendo sólo zonas poco accidentadas en su extremo septentrional, donde queda situado el poblado principal de Ambo, zona donde igualmente se estableció la Misión Católica.

En esta zona favorecen también la situación del poblado, además de la extensa playa, la presencia de una plataforma constituida en parte por cenizas y masas algo alteradas de basaltos; lo que permite algunas plantaciones, si bien rudimentariamente llevadas.

La presencia de estos materiales cineríticos se explica por ser los vientos más frecuentes los del sur, que, por tanto, impulsarían a las masas de cenizas hacia el norte.

La explicación de la playa de la zona norte es debida a un fenómeno semejante, pues son, sin duda, las corrientes marinas de dirección de sur a norte, más o menos, las que depositarian estos materiales, al determinar la isla una zona de aguas quietas o amplio remolino debido al choque de la corriente general con la isla.

El resto del litoral, y en particular las zonas meridionales y del oeste, son, como se ha indicado, muy escarpadas, presentando con frecuencia bancos de coral. Existen igualmente corales a lo largo de la amplia bahía comprendida entre Punta Jaturupá y Punta Alvaco, al pie mismo del Pico Manamayú.

A corta distancia de las rompientes los fondos son ya grandes y presentan rocas o arenas.

La isla de Annobón no es sino un enorme peñón basáltico que se eleva abrupto sobre un zócalo de gran profundidad, existiendo formaciones coralígenas en las inmediaciones de sus costas.

Un estudio detallado de la isla sería de gran interés, y, por otra parte, dadas las dimensiones pequeñas de ésta, pudiera efectuarse en una corta campaña que coincidiera con la época de mínima pluviosidad.

A continuación relato la excursión que efectué al cráter-lago, dando al mismo tiempo algunos pormenores de mi corta estancia en la isla.

Nuestra visita a Annobón fué casual, pues el barco que hace el servicio mensual entre la metrópoli y la colonia no va todos los meses a dicha isla, como sucede con el resto de nuestras posesiones del Golfo de Guinea, sino que hace una expedición de vez en cuando; así, pues, esta isla ha permanecido en ocasiones hasta cuatro y cinco meses sin noticias directas de España, y hacía seis meses que la isla no era visitada por el vapor correo cuando nosotros llegamos a ella. Los cuatro o seis españoles que en ella viven, en estas ocasiones deben de sentirse totalmente abandonados, mejor dicho, olvidados del resto del mundo.

Salimos en dirección de Annobón del fondeadero de Kogo, en el río Muni, el día 10 de febrero de 1935, al amanecer. El cielo estaba totalmente encapotado y gruesos y pesados nubarrones de tono plumizo desplazábanse lentos del mar hacia la tierra. El ambiente era pesado, pues el viento totalmente encalmado y una atmósfera extraordinariamente húmeda y cálida nos hacía respirar un aire de estufa de jardín.

Ya de mañana, nimbos y cúmulos nimbos en grandiosos amontonamientos nos cierran por todas direcciones el horizonte, y de ellos, aquí y allá, se desprenden a manera de desflecados y grises velos, copiosos chaparrones que, lentos, se desplazan en general del sur hacia el norte. Debajo de cada uno de estos chubascos el mar oscurecido se agita al impulso de fuertes ráfagas de viento, contrastando con la tersura del amplio y suave oleaje que, lento, mece al barco con monotonía deses-

perante.

Poco antes de comer caen los primeros chubascos sobre el barco, el cual, en un momento, chorrea de proa a popa. Gruesas, enormes gotas calentuchas, que todo

lo salpican, producen al caer sobre el mar un ruido alegre y suave, como de lento y tenue chisporroteo.

El calor ha ido en aumento, y las chaparradas no hacen sino saturar la atmósfera aún más de humedad, y ni aun en el puente, cara al ventecillo que la marcha del barco determinaba, desaparece la sensación de ahogo, a la que contribuyen acen- tuadamente nuestras mojadas ropas, que permanecen constantemente húmedas de sudor.

Por la tarde el cielo aún se oscureció más; constantes chubascos cierran el horizonte hacia el sur, y de las pesadas nubes nos llega el eco lejano del trueno, que a veces, por extraños ecos, parece salir del interior del barco.

Ya al atardecer, y hacia el WNW., la densidad del horizonte y la gran masa de nubes ascendentes, iluminadas en sus más altas zonas por el rojizo resplandor del sol poniente, nos indican la situación de la isla de Santo Tomé, que, volcánica y escarpada, aparece sólo distinguible en la penumbra a unas 35 millas hacia nues- tra derecha.

Cuando salimos al puente después de la cena el cielo se ha despejado a trechos, y por los claros y tras los negros nubarrones se asoma la luna y alguna que otra estrella. Hacia las nueve alcanzamos a distinguir los primeros destellos del faro del extremo meridional de la isla de Santo Tomé, formado por la Punta o Cabo de Santa Catalina; momentos después cortamos el Ecuador. Potentes pitadas de la sirena lo anuncian a los cuatro vientos.

La oficialidad y los pasajeros blancos, éstos cinco en total, se reúnen en el puente y asisten a mi bautizo, y después de unas cuantas jerigonzas, alguien vierte sobre mi coronilla un buen chorro de champagne, y en nombre del dios Neptuno y con el padrino del capitán del barco, se me proclama "Huésped del Otro Mundo".

La noche es de una pesadez y de un bochorno francamente insoportable; se suda a mares, aunque recibimos de lleno en nuestras pequeñas camas la corriente de aire de un potente ventilador. Por el tragaluz, de vez en cuando, entra el resplan- dor violáceo de los relámpagos.

Al ser de día ya estoy en el puente. Hacia el SW. el horizonte aparece cerrado por tenue neblina, si bien las zonas altas del cielo están despejadas. A las siete, y después de atravesar el espacio con niebla, se descubrió, como por encanto, la áspera y característica silueta de Annobón. A las ocho fondeamos, poco más o menos, a media milla de la playa norte, junto a la cual está el poblado principal denominado Ambo, y junto a él y en una plataforma elevada unos 20 metros, la pesada construcción de la Misión Católica de San Antonio.

Ya junto a Annobón se ve pronto que éste no es sino un islote que, suma- mente escarpado, desciende desde sus altas cresterías y pitones por pendientes muy abruptas hacia el mar, el cual rompe en estas zonas mansamente, al pie de eleva- dísimos acantilados de oscuras tonalidades negruzcas y constituidos por rocas ba- sálticas. En las zonas menos escarpadas y en las depresiones se destaca la densa

masa del bosque, que alterna en ocasiones con zonas que nos ofrecen desde el barco aspecto de praderías.

No bien fondeamos, la sirena atruena con su bronco bramido las tierras cercanas, de donde ya venían hacia nosotros numerosísimos negros sobre pequeñísimos cayucos, algunos de dimensiones tales que casi no caben los dos indígenas que los conducen, a pesar de ir de espalda con espalda y llevar las piernas en forzosa flexión. Por momentos el número de cayucos crece, y a poco, sobre el mar agitado por amplias y tersas ondulaciones, flota un verdadero enjambre de estas diminutas embarcaciones.

Al conjunto pronto se adelantan dos grandes cayucos conducidos por 12 remeros; cada uno de ellos transporta unas 15 ó 20 personas, entre las cuales sólo distinguimos a cuatro blancos: el practicante y el cabo de la Guardia Colonial en uno, y un fraile y un lego en el otro. Estos españoles están sin noticias de España desde hace seis meses. No saben desde entonces nada de su familia, ni estaban enterados de los últimos acontecimientos políticos de octubre; ignoraban quién gobernaba; en fin, no sabían nada de nada.

El reparto de la correspondencia se hace rapidísimamente, y tan rápidamente quieren leer las cartas, que empiezan unas cuando aún no han terminado las otras; quisieran leerlas todas a la vez. Por otra parte, tanto quieren saber que no saben qué preguntar. Esto nos causa asombro y pena y nos miramos unos a otros francamente avergonzados, pues el abandono de estos cuatro españoles indirectamente nos da a entender muchas cosas pasadas y precisamente en esta misma isla.

Como en el barco viene un gran número de annobonenses, hombres, mujeres y chicos que regresan a su isla después de haber ellos cumplido sus contratos de trabajo en Fernando Poo y Guinea Continental, pronto sus parientes, venidos en verdaderos enjambres a recibirlos con sus cayucos, rodean materialmente el barco. El grueso oleaje hace subir o bajar a esta numerosa concurrencia en una zarabanda que da miedo, pues tememos que de un momento a otro estos diminutos barquichuelos desaparezcan con tripulantes y todo, y ¡hay tantos tiburones...!

La algarabía junto a la escala es imponente. Todos hablan chillando. Todos quieren embarcar y desembarcar al mismo tiempo, y esto da lugar a numerosos chapuzones, que no parece les importe mucho, pues aun mientras nadan continúa su chillona discusión, sus exclamaciones y risotadas. En mi vida había visto un cuadro más movido y pintoresco.

A las diez, en una de las balleneras de a bordo, y a remolque de las canoas automóviles, saltamos a tierra, desembarcando en la playa, que está totalmente ocupada por gente de color y de aspecto simpático. En la orilla, varados, un número extraordinario de cayucos. Junto a la misma playa se extiende el poblado, construido por cabañas, la mayor parte de tablones de madera y bambúes y con techo de bálogo, conjunto de viviendas bien alineado en calles y que rodean en el centro a una gran plaza. Detrás del poblado, en una pequeña meseta, están las construcciones de los europeos: unas cuantas casas y el convento, construcciones sin

ningún carácter especial, no siendo la pesadez de la mole del primero. En esta zona hay también algunas casas de indígenas, ocupadas por los principales de la isla.

Por detrás del conjunto de casas de esta plataforma elevada sobre la playa, y a la cual se une por una avenida de palmeras y cocoteros, se extienden casi las únicas zonas algo llanas de la isla, ocupadas por cultivos y plantaciones, destacando en particular los frondosos conjuntos de los bananeros.

La vista desde estos lugares es magnífica. Los pitones basálticos se elevan agudos hasta ocultarse en las nubes, y el denso bosque, con marcado predominio de las palmeras, al alternar con zonas ocupadas por altos herbazales, nos ofrece un paisaje muy distinto del característico del continente.

Descansamos un rato en la casa del practicante, con aspecto de pequeño ventorro castellano, y luego, en unión del médico de a bordo, Sr. Lozano del Amo, y del inspector general de Sanidad, Sr. Llorent, partimos hacia la laguna crateriana que a kilómetro y medio queda tras las colinas de basaltos y cenizas que forman estas zonas del antiguo cono volcánico, ya sumamente atacado por los agentes erosivos. Coladas lávicas y productos de proyección forman estas tendidas laderas que miran hacia el norte. La roca se nos ofrece en las barrancadas sin alterar y dando lugar a gran variedad de tipos dentro de la familia de los basaltos y rocas afines.

Al principio se atraviesa un rellano con cultivos; luego la pendiente se acentúa y se atraviesa una zona de altos herbazales y de matorral o bicoros que brotan pujantes en zonas de bosque no ha mucho taladas. La pendiente aumenta aún más, y el camino, que sigue casi siempre por el cauce estrecho y áspero de una pequeña torrentera, se hace francamente malo. A poco se entra en pleno bosque, denso, sombrío, húmedo, materialmente impenetrable fuera de la estrecha brecha abierta por los indígenas a lo largo del estrecho sendero. El ambiente es agobiante, y un sofocante bochorno de característico olor nos rodea y nos hace sudar a chorros. En este bosque abundan de un modo marcadísimo las palmeras y los helechos arborescentes, y es tan oscuro, que las fotos necesitan exposiciones de muchos segundos.

Los últimos centenares de metros son francamente penosos, pues no alcanzamos a ver más de cuatro o cinco metros por delante de nosotros y el camino se ha convertido en una verdadera escalera, pues vamos ascendiendo de peñón en peñón. Es necesario descansar frecuentemente, pues el sudor nos atosiga, y metiéndonos por los ojos, no nos deja ver. A pesar del ambiente húmedo, tenemos una sed terrible y pronto desaparece el agua de mi cantimplora.

De repente se presentan ante nosotros las aguas quietas, dormidas, de un gran lago negro. Altos y escarpados paredones, totalmente ocupados por el bosque, lo circundan, menos por donde hemos penetrado. Como vamos semidesnudos, camiseta y pantalón corto, para ahorrarnos un rodeo seguimos la vereda que atraviesa, un entrante del lago y, con agua hasta media pierna, alcanzamos la orilla opuesta, donde hacemos alto.

Hacia el reborde NE. se eleva, escarpadísimo, aparentemente inaccesible, el pi-

cacho basáltico de Fuego (Pico do Fogo). Por el este y sur los bordes del cráter se alzan también con pendientes muy acentuadas y siempre ocupadas por el bosque hasta desaparecer en las nubes, que, lentas, tienden a bajar.

El borde oeste, y en particular las zonas próximas adonde nos encontramos, situadas al NW. del lago, forman un gran portillo, por donde vierte el emisario del lago, que en continuas cascadas y saltos desaparece en la masa densa del bosque y rápido se dirige hacia el mar. Por esta zona es por donde hemos llegado, y en un claro del bosque, junto a la orilla del lago y bajo denso palmeral, descansamos.

El paisaje que tenemos ante nosotros es extraño y magnífico. Un profundo silencio y una absoluta quietud nos tienen suspensos.

Las nubes, en un principio creímos que tendían a aclararse, pero no fué así, pues haciéndose más y más espesas, lentamente descendieron aún más, recubriendo con sus masas grises los infinitos términos, que se difuminaron en ellas.

Estamos en un ambiente típicamente ecuatorial. Infinitas tonalidades grises caracterizan al paisaje; la atmósfera es bochornosa y el bosque denso e impenetrable, y, sobre todo, el cielo, que parece descansar sobre nuestras cabezas, nos agobia.

Un murmullo suave y continuo venido de lejos, del sur, nos anuncia un fuerte chaparrón que, llegando a poco, agitó a las quietas y tersas aguas del lago al hacer sobre ellas brincar sus gruesas gotas sonoras.

Fuertes ráfagas de viento agitaron la arboleda de enfrente, que nos envió el murmullo de sus frondas; ráfagas que, en llegando hacia nosotros, empañaron y arrugaron por completo las oscuras aguas de la laguna crateriana. A lo lejos retumbó durante mucho tiempo el fragor de la tormenta.

Duró el chaparrón más de una hora, que, acurrucados bajo las palmas, hemos aguantado. El agua cayó en cantidades enormes, verdaderas y espesas cortinas líquidas nos ocultaban incluso las arboledas cercanas, y todo el bosque chorreaba como si de repente hubiera emergido de las aguas del lago.

Como el tiempo no tendía a cambiar, y los naturales de la isla nos indicaron que el viento más bien amontonaría aún más las nubes en esta depresión crateriana, nos dispusimos a regresar, pero antes yo me zambullí en el lago, pues sus aguas eran claras y no ofrecían peligro alguno.

Descendimos al poblado bajo una intensa lluvia, y, cambiados en él de ropa seca, los que tuvimos la precaución de guardarla en los morrales cuando la lluvia comenzó, nos dispusimos a comer. Eran las dos de la tarde.

Después de comer recorrí en canoa el segmento oeste y sur de la costa de Annon, lo que me permitió completar la visión de conjunto que de la isla tenía. La bruma no permitió hacer fotografías, pero este litoral no puede ser más imponente y más típico.

Volvíamos al atardecer al barco, y después de cenar, con autorización del capitán regresamos a tierra, pues nos habían prometido organizar un "balele" en honor nuestro.

La noche seguía tormentosa, y de vez en cuando fuertes chubascos descargaban verdaderas cataratas de agua, las cuales eran acompañadas de truenos y relámpagos. Fuerte viento contrario venido del sur nos combatía, y una marejada bastante fuerte nos hacía trabajar de lo lindo a los no muy peritos en el remar. Cuando llegamos a la playa, no sin grandes trabajos, entre algunas claras del cielo vimos brillar las estrellas, y, como el ambiente se iba calmando, era de esperar no hiciese mala noche.

A poco, en la plaza del poblado comenzó el “balele”, baile típico, al son de la tumba, de tam-tam y del gomo, pero de una monotonía irritante. Terminó la fiesta a la media noche y nos dispusimos a regresar a bordo, en un gran cayuco, pero no fué posible, pues el mar agitado y el viento arrachado no aconsejaba el meterse en un “aparato” semejante. Por otra parte, los negros, con sueño, cansados del “balele” y algo atemorizados por la noche, no mostraban grandes deseos en acompañarnos. Decidimos dormir en la isla.

Nos encaminamos a casa del cabo de la Guardia Colonial, y en su cama el médico y yo tratamos de conciliar el sueño, que sólo a medias y ya de madrugada pudimos alcanzar. La gran sinfonía de los mosquitos no cesó un momento: si no es por el mosquitero, nos comen, y eso que decían que casi no los había.

La noche fué típica y de gran interés; no olvidaré nunca todo lo que vi y pasó en ella; pero, al fin y al cabo, monótona y algo aburrida.

Amaneció lloviendo, un día de típico “chirimiri” vasco; pero poco a poco se fué aclarando, y a las siete puede decirse que hacía un buen día, aunque nublado.

La mala noche se pudo dar por bien empleada sólo por el espectáculo que ofrecía la playa en estas horas tempranas. La noticia de la llegada del barco había cundido por todo Annobón, y de todos los lugares vinieron a verlo, a curiosear y charlar. Puede decirse que todos los habitantes de la isla estaban en la playa, hombres y mujeres, jóvenes y viejos y un chiquillerío verdaderamente extraordinario.

¡Con qué facilidad lanzan el cayuco al mar y se suben de un saltito a él sin volcarlo! Tantas veces como lo intenté me zambullí en el agua, con gran griterío de los negrillos.

El ir y venir de los naturales del barco a la playa de la playa al barco era constante, pues aún duraba el desembarco de los cachibaches o el embarque de los que se iban a marchar. ¡Cuántos chismes transporta esta gente consigo!

En una de las balleneras que vino por nosotros regresamos al barco. El grueso oleaje hizo muy difícil saltar de la ballenera a la escala, que subía y bajaba de un modo inquietante, y no era difícil el darse un chapuzón.

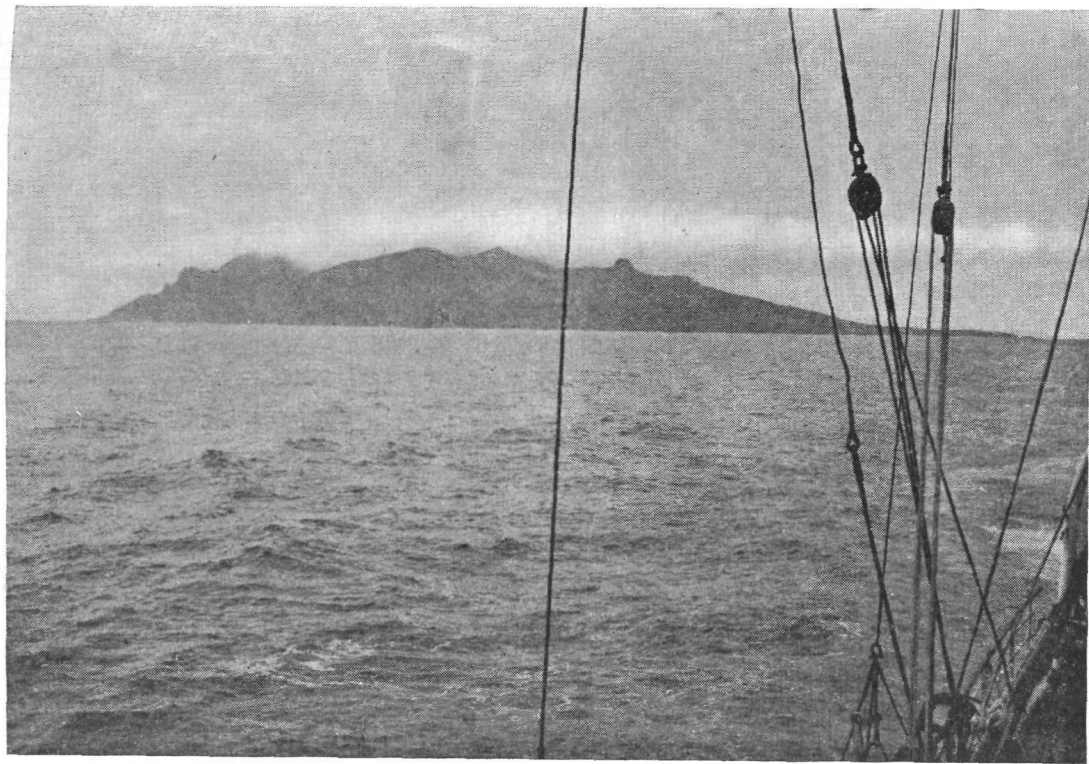
Alrededor del barco, los cayucos, muy numerosos, seguían subiendo y bajando como pelotas que botasen muy lentamente. Las olas, muy grandes, infladas, a los más alejados los ocultaban de nuestra vista. ¡Y pensar que estas gentes, con embarcaciones semejantes, se dedican a cazar ballenas! ¡Cuántos han sido arrastrados por ellas millas y millas, tan lejos que ya nunca volvieron!

A las ocho y media la sirena despidióse de la isla y el eco nos respondió repe-

tidamente y desde diversos lugares. Algunos indígenas, en sus cayucos, con esfuerzo brutal, nos persiguieron un corto trecho; luego el barco fácilmente los fué dejando atrás, y sus oscuras siluetas, dándonos el adiós, fueron reduciéndose hasta no ser sino puntos en medio de un mar proceloso.

Una hora después las brumas nos ocultaron los abruptos perfiles de esta pequeña isla perdida en los mares ecuatoriales.

Mi único deseo desde entonces es volver a visitarla, volver a recorrer más detenidamente sus barrancos y bosques, sus sendas misteriosas, escalar sus altos picachos y contemplar el fuerte oleaje rompiéndose al pie de los imponentes acantilados de las costas del sur, bañados por aguas oscuras y profundas.



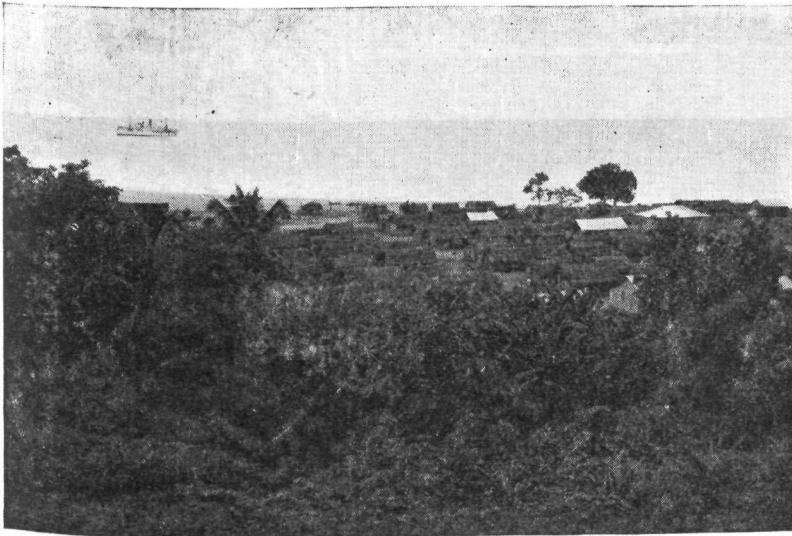
*(Foto Hernández-Pacheco.)*

Fig. 1.—Vista general de la isla de Annobón, desde el noroeste y a unas tres millas de distancia



(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 1.—Indígenas de Annobón en sus típicos cayucos junto a la escala del barco.



(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 2.—El poblado de Ambo o de San Antonio desde la casa de la Misión Católica.



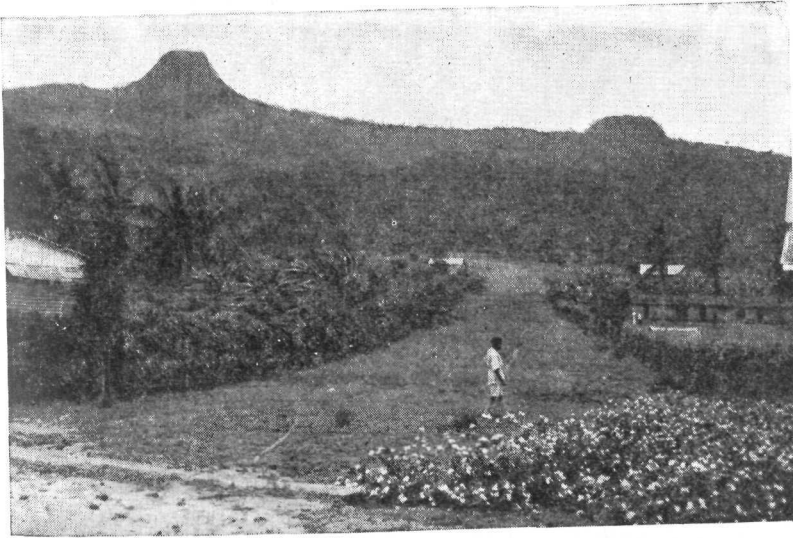
(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 1.—Aspecto de la playa del poblado de Ambo y de la punta de Lale, en la zona norte de la isla. Varados, numerosos cayucos, en general de tamaño grande.



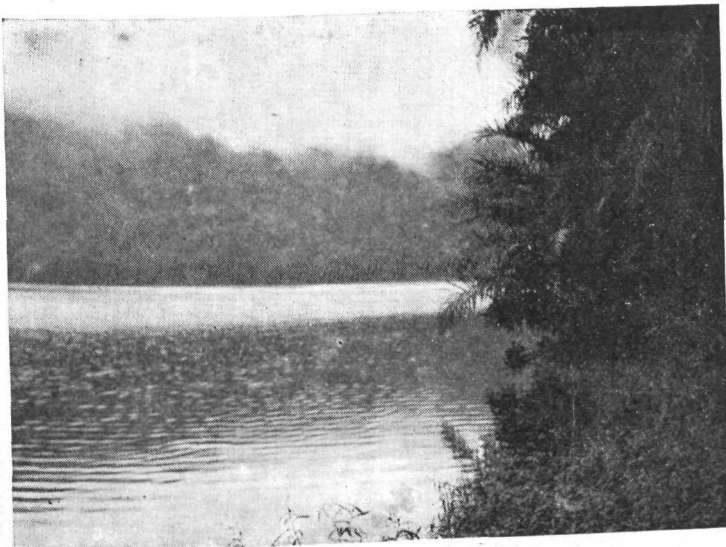
(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 2.—Escenas de desembarco en la playa de Ambo, la más importante de Annobón.



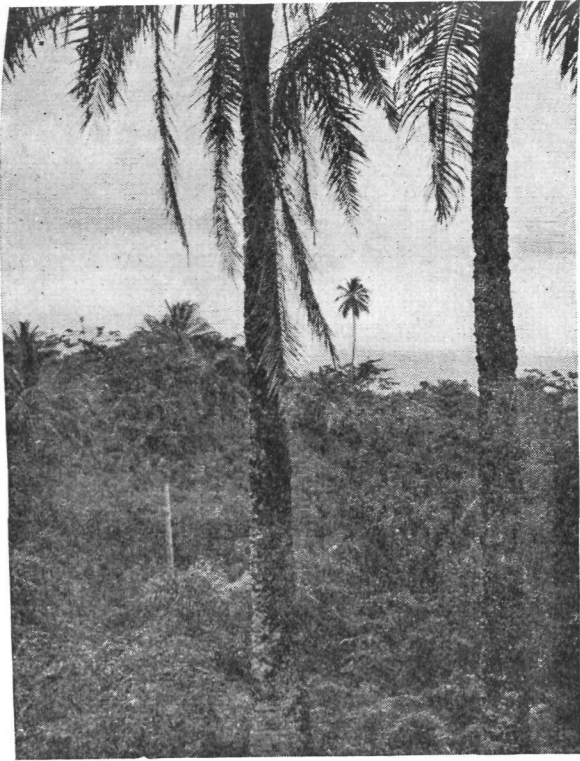
(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 1.—Aspecto de los alrededores de la Misión Católica en la isla de Annobón, única zona llana de la isla. Al fondo, el Pico de Fuego, pitón basáltico de 650 metros de altitud.



(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 2.—Aspecto parcial del cráter-lago. Al fondo, las laderas del cráter, ocupadas por densa arboleda, en parte recubierta por la niebla.



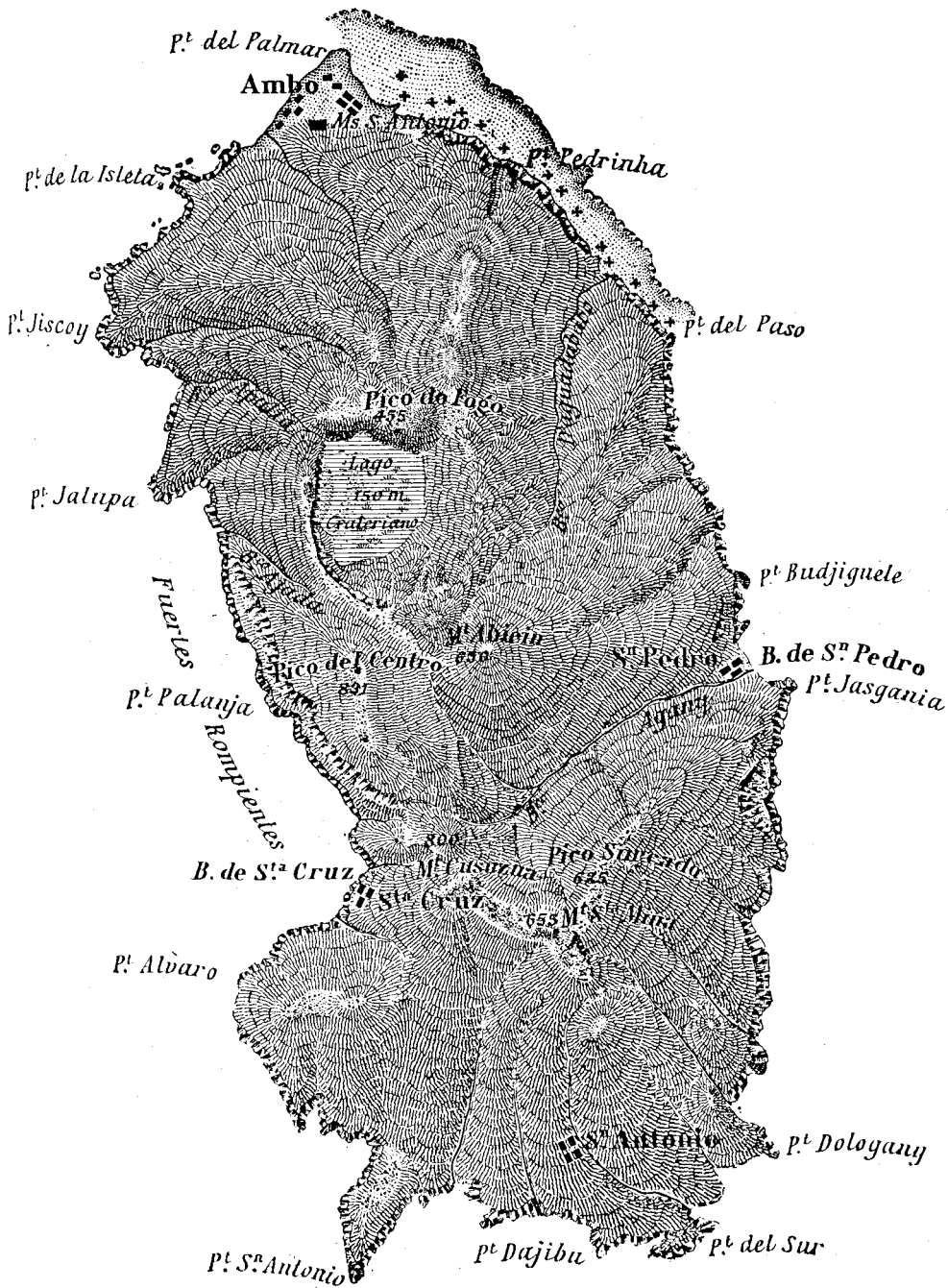
(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 1.—Aspecto de la selva de Annobón, en el camino del cráter-lago. En esta zona dominan diversas especies de palmeras y helechos, frecuentes cocoteros y gran variedad de leguminosas.



(Foto Hernández-Pacheco.)

Fig. 2.—Un claro en la selva. Predominio marcado de palmas y leguminosas, cuyos troncos aparecen semirrecubiertos de hongos y musgos. En primer término, algunos helechos arborescentes.



A. Blanco. D.º

Mapa de la isla de Annobón, según datos diversos de cartografía y en particular del Oberkommando der Kriegsmarine, hoja n.º 290. Berlín, 1907.